



Universidad Católica Andrés Bello
Centro de Investigación de la Comunicación
Red Venezolana de Comunicación y Cultura
Sala Virtual de Investigación Miguel Otero Silva

Autor: Otero Silva, Miguel

Título: Guillermo Prince Lara

Publicación: El Nacional

Fecha: jueves 14 de mayo de 1953

Discurso pronunciado en Bogotá con motivo de la entrega de Premio Nacional Colombiano de Periodismo

GUILLERMO PRINCE LARA

Guillermo Prince Lara - por el Negro Prince lo conocimos todos - fue un estudiante de Medicina. Cuando llegó para los universitarios la hora de jugarse la vida por Venezuela, el Negro Prince no sólo acudió al llamado sino que desde el primer instante se abrió paso hasta la vanguardia del frente de lucha. El movimiento se inició una madrugada de febrero, cuando el mejor tribuno de nuestra generación desgranó ante la tumba del Libertador su palabra vibrante y rebelde. El Negro Prince no era orador pero poseía, en cambio, templados músculos de atleta. En 1a Escuela de Medicina una lápida infamante intentaba glorificar el nombre del tirano. Hasta allá marchó aquella mañana misma, esgrimió en la diestra un peñasco caraqueño y la lápida bochornosa se hizo añicos. Ese gesto sencillo y bravo fue su aporte a la

Semana del Estudiante. Y le grangeó, en nuestra jerigonza, un apodo que aceptaba orgullosamente: Prince, "el lapidario".

Guillermo Prince Lara, como todos los estudiantes venezolanos de entonces provistos de dignidad, fue preso político. Al iniciar el gomecismo su represión de 1928, le tocó ser uno de los primeros encarcelados. Oyó traquear los máuseres desde su calabozo del Cuartel del Cuño. Lo ancló a la tierra el peso maldito de los grillos. Conoció la figura siniestra de Porritas. Sufrió hambre y sed, durmió sobre el embaldosado duro y frío, supo del guayoyo asqueroso y de los frijoles nauseabundos. Escuchó luego latir la canción del mar sobre los muros medioevales del Castillo de Puerto Cabello.

En la cárcel, Prince Lara fue por sobre todo la palabra optimista y viril, la risa recia desafiando las penalidades, el chiste criollo sacándole punta a la angustia. Rióse de los pesados grillos, de la faz patibularia de los carceleros, del hambre y del guayoyo. ¿Quién de nosotros no recuerda aquella ingeniosa estación trasmisora de radio que Prince Lara instauró en el calabozo número 4 del Castillo o

aquella orquesta típica - con instrumentos elaborados a base de trozos de tabla y tenedores maltrechos- que bajo su dirección sembraba de joropos y golpes tuyeros el murmullo eterno del mar y el silencio tenebroso de las bóvedas?

Después fue conspirador. Lo recuerdo, en una madrugada de abril, adosado al muro de una esquina de San José, fumando impasible en espera de la primera descarga, con la mano lista sobre el revólver primerizo.

Guillermo Prince Lara fue emigrado político. Escapó a Curazao y, para ganarse la vida, le metió el pecho al trabajo como viniese. Barrió tanques, los tanques de sir Henry Deterding que refinan el petróleo extraído del Zulia por la herida inmensa y azul de nuestro lago. A la casita verde de Penn Strat llegaba al atardecer con el overall tizado, derrengado por la jornada interminable. Planchaba él mismo su casimir universitario y se echaba a la calle nuevamente, silbando un cantar.

Su única preocupación de entonces la constituía un fusil. Que alguien - Delgado Chalbaud, Olivares, Alcántara, Arévalo Cedeño, cualquiera - le pusiera en las manos un fusil para descargarlo, alegremente como todo lo hacía, contra las tropas de la tiranía.

Y llegó el fusil. Entonces Prince Lara fue guerrillero. Por los cerros sedientos de Falcón cargó sobre las espaldas muchas veces la trayectoria íntegra del sol en el ciclo. A su lado cayó muerto, con el pecho destrozado, un bravo negro larense de nombre Ramón Torres. A su lado se desplomó Gustavo Ponte con la pierna desarticulada de un balazo.

Un buen día, a más de guerrillero, fue héroe. Las tropas de Jesús Jurado, muy superiores en número y en armamento, peleaban atrincheradas y protegidas por el declive natural de una loma. Los revolucionarios se arrastraban cerro arriba. En las hondonadas el estampido del máuser repercutía bronco y se iba dando botes en las manos del eco. Un herido y otro y otro. Había que tomar la cuesta. Y Prince Lara, seguido por un puñado de hombres de nuestro pueblo, trepó el cerro a pecho descubierto. Ese día, el jefe de la montonera lo ascendió a "coronel". Esto pasó en un sitio llamado Socopo, Falcón adentro.

Después fue fugitivo y arrastró por los montes perdidos su figura tallada en barro, en hambre y en sed. Disfrazado de peón campesino recorrió caminos y pidió albergue en las rancharías. Hasta que, finalmente, logró escapar de nuevo al extranjero. Emigró a Santo Domingo y allí vio y vivió el dolor de ese pueblo cuando un ciclón se abatió sobre los árboles, las casas y las vidas. Y se echó a la calle a socorrer heridos y a aliviar desventuras. Todo sencillamente, alegremente, como quien no tiene otra cosa que hacer.

Guillermo Prince Lara era genuinamente venezolano, expresión de lo venezolano: "indio, blanco y negro", como dijo y era también Luis Castro. Prince Lara, en realidad, se sentía más negro que indio y que blanco. Tal vez porque sobre el negro veía pesar duramente la injusticia del prejuicio racial. Si alguien pronunció a su lado alguna frase despectiva hacia la raza negra, Prince Lara siempre le salió al encuentro asumiendo íntegra para sí la "responsabilidad" del pigmento y exigiendo la responsabilidad de quien emitió el concepto.

Ninguno entre nosotros tenía, como el Negro Prince, la gracia intuitiva de nuestro pueblo. Su respuesta fue en todo momento la más aguda, la más ingeniosa, la más venezolana. Versificaba por intuición, como nacen los galiones entre el bullir del cuatro de nuestros cantores campesinos. En sus cartas se reflejaba ágilmente su inagotable savia de humorista nato. Savia que no se secó nunca. Quince días antes de morir me escribía desde el sanatorio cosas como ésta: "Si vieras, Miguel, qué bonita es mi enfermera. Tan bonita que me he visto obligado a esconder apresuradamente los retratos de la novia que me engalanaban el cuarto. Y mi tragedia es que mientras más feo y más flaco me va poniendo la fiebre, más linda se va poniendo ella". O bien: "Sólo veo sobre mi horizonte de nieve volar unos

pájaros. Inútilmente he repasado mis escasos conocimientos de zoología que me suministró el viejo Delgado Palacios. No he visto jamás esos pájaros, ni en figuritas. Es ahora, en Suiza, que he venido a comprender totalmente aquel refrán tan criollo: "¿Qué pájaro es ese?". Cuando escribía estas cosas ya poseía la convicción de que solamente le restaban un par de semanas de vida.

El Negro Prince fue un venezolano integral, sin patriotismos mezquinos. Fue venezolano porque sentía en su carne el dolor del pueblo de Venezuela, porque odiaba y combatía a quienes traicionaban a ese pueblo y a los extranjeros poderosos que lo exprimían. Pero en Santo Domingo se sintió dominicano porque Santo Domingo, a pesar de Trujillo, es un pueblo valeroso y porque a nuestro lado había visto un puñado de dominicanos sacrificar sus vidas luchando por la liberación de Venezuela. Y en España aprendió a amar al pueblo español, a ese grandioso y admirable pueblo español que quien no lo ama es porque no lo - Prende 0 Porque no le c que quien no lo ama es porque no lo comprende o porque no le conviene amarlo.

Se sintió español en España y dominicano en Santo Domingo, sin dejar de ser venezolano. Jamás dejó de mirar y de sentir la angustia de Venezuela y por Venezuela libre combatió hasta el momento mismo en que cerró los ojos para no abrirlos más.

Breve tiempo vivió Prince Lara en Europa. El trabajo extenuante en las refinerías de Curazao, las penalidades de la campaña de Coro, las largas jornadas de fugitivo sin pan y sin agua, habían minado su recio organismo. El Negro Prince se nos murió en dos meses. Dos meses antes de morir propinaba tremendos balazos a las curvas de un Pitcher yanqui en el estadio de Colombes, en París. Y, súbitamente, lo asaltó una tuberculosis galopante que apenas le dio tiempo para llegar al sanatorio suizo.

Cuando supe que moriría irremisiblemente, que era cuestión de días, fui hasta Leyssin, a charlar con él por vez última. Me acompañó Pablo González Méndez, otro amigo fraternal del Negro. Recuerdo que emprendimos la cuesta que conducía al sanatorio bajo un sol brillante que se desparramaba alborozado sobre las sabanas de nieve. Corrían por los caminos chiquillos de rostros colorados y redondos, arrojándose puñados de nieve. Pasaban hombres veloces en esquís. Pablo y yo nos contagiábamos del alma vibrante del paisaje y, como los chicuelos suizos, nos atacamos el uno al otro lanzándonos al rostro puñados de nieve algodonosa.

Y así, impresa en las retinas la alegría de la mañana, entramos al sanatorio. Allí estaba Prince Lara, tendido en un lecho, con un crucifijo sobre el pecho, esperando la muerte. Sólo quedaban vivos los ojos. El resto era piel y huesos.

El Negro me invitó a tomar café. Y cuando me llevaba la taza - su taza- a los labios, me la desvió de un rnanotón y me dijo:

-¡No la tomes, hombre! Me olvidaba de la tisis...

Hablamos largo rato. Nosotros por convencerle de que sanaría y regresaríamos juntos a Venezuela. Y él:

- Es mentira. Me duelen dos cosas. La primera es mi vieja, lo que va a sufrir mi vieja cuando sepa mi muerte. La segunda es Gómez, ¿Cómo es posible que yo me muera sin haber visto caer a ese bandido?

Tosió. Tosió mucho. Después añadió:

- No se imaginan cuánto me alegra que hayan venido. Yo no quería morir sin pedirles una cosa y ya no podía escribir. No quiero quedarme para siempre bajo estas montañas de nieve. Quiero descansar definitivamente allá, en tierra venezolana. Que algún día se lleven mis huesos de aquí. ¿Me lo

prometen?

Yo le respondí:

- No hables necedades, Negro. Tu no vas a morirte. Pero si te mueres, como puedo morirme yo también, te prometo que se cumplirá ese deseo tuyo.

Puede decirse que fueron sus últimas palabras. Nos despedimos. Sobre la superficie blanca de nieve y de sol jugaban los mismos niños y corrían sobre esquís los mismos hombres veloces. Nosotros no los miramos.

El teniente González Méndez - inmovible rostro de madera, margariteño socarrón - y yo -revolucionario de veinte años, humorista escéptico y burlón- llevábamos los ojos nublados de lágrimas.

© El Nacional